

La calle está silenciosa pero, alguna vez, en los patios tras los muros de piedra de la **avenida Longfellow**, a la altura del número 110, en el vecindario de Todd Hill, Staten Island, Nueva York, lo que había era la algarabía de una gran boda. Había bandas de música, un baladista, bailes, vestidos, trajes, sombreros y un desfile de autos de época. La novia era Connie Corleone, hija de Vito Corleone, el mafioso más famoso del cine. El mismo que, durante el festejo, recibía a puertas cerradas a Bonasera, uno de sus peticionarios, quien imploraba venganza contra los agresores de su hija.

—Padrino... —lo llamaba, mientras se inclinaba para besarle la mano.

—Bien —respondía Corleone—. Acepta este favor como un regalo por el día del matrimonio de mi hija.

El lente del director Francis Ford Coppola se alejaba de la conversación privada y regresaba a las bandejas con jarras de vino, la risa, las fotos, los chismes, los vitoreos en italiano.

Son los primeros minutos de *El Padrino*, obra maestra del cine que cumple cincuenta años. Basada en la novela de Mario Puzo y estrenada en 1972, la primera entrega de la trilogía, protagonizada por Marlon Brando y Al Pacino, narra la historia de la familia mafiosa Corleone, pero también la de Estados Unidos y, particularmente, la de Nueva York. Una época que ha sido ampliamente estudiada por autores como Tom Santopietro, nieto de inmigrantes italianos en Estados Unidos y autor de ocho libros, incluido *The Godfather Effect: Changing Hollywood, America, and Me*, recién reeditado. Un periodo que se refleja, dice Santopietro, en los automóviles y en anuncios publicitarios, pero también en el tamaño de las corbatas y las solapas, y en la evolución de la ropa de Michael Corleone, interpretado por Al Pacino, desde el uniforme militar al traje.

—Su director de fotografía, Gordon Willis, en sus propias palabras, filmó deliberadamente esta boda de apertura en una “especie de Kodachrome brillante con un sentimiento de la década de 1940”. Pensó que la sensación amarillo-roja de las escenas de la boda le daba un aspecto de época —dice Santopietro.

Una obra de culto que llevó a parejas como la de la estadounidense Nancy Thayer y su marido a radicarse, tiempo atrás, en la misma avenida Longfellow, en una de las dos casas de fachada enladrillada, rodeada de árboles, donde Coppola situó, medio siglo atrás, aquel icónico festejo matrimonial. Eso sí, el director buscaba recrear en este lugar a Long Island, la zona de mansiones en Nueva York.

Ubicada al final de una calle sin salida, a la casa de Thayer en Staten Island se llega desde Manhattan primero en un bus de acercamiento o un *ferry*, para luego seguir un solitario camino de empinadas y sinuosas curvas.

Si bien la construcción casi no ha cambiado en décadas, su perímetro no está delimitado por altos muros. De hecho, es un condominio residencial y no una infranqueable fortificación de la mafia.

Una mañana, Nancy Thayer invita a contemplar el umbral, y muestra una foto con orgullo: es la misma entrada de su casa, la misma placa de numeración, pero en la imagen está Al Pacino, manos en la cintura.

—Aunque la puerta que aparece es blanca y la nuestra hoy es de madera, si te fijas tiene el mismo 120 y este es hoy nuestro número —dice.

A sus espaldas, en una suerte de altar de *El Padrino* hay dos muñecos de aspecto realista: uno es Vito Corleone joven y el otro, mayor. Entre medio se lee una de las frases más famosas del cine contemporáneo, y hoy casi un eslogan: “Deja el arma, toma los *cannoli*!”.

Si bien la de Thayer no es exactamente la casa donde Connie celebró su matrimonio, sino la que está justo en frente, el ángulo en la foto da pistas. Indica que Coppola habría ocupado más de una construcción para dar vida a la “Mansión Corleone”: además de lugar de descanso de *El Padrino*, el núcleo logístico donde él y su tropa planeaban las acciones con que defenderían a “la familia”.

La ciudad del orden y los modales

La decisión del director de grabar en la ciudad misma no es fortuita. Para la crítica de cine española María Adell Carmona, coautora de *El Nueva York del Padrino* y otras familias de la mafia, eso está en sintonía con el movimiento Neo Hollywood, cultivado por un grupo de jóvenes que modernizaron el cine estadounidense en los 70, “con historias adultas, duras, repletas de violencia y con un impulso artístico, autoral”.

—Hay en todos ellos un impulso de filmar en la calle, en localizaciones reales, y mostrar Nueva York tal y como ellos la veían —dice Adell.

Una suerte de “lucha” librada por la producción, a pesar del alto costo que suponía la ciudad más cara para filmar en Estados Unidos.

Para Harlan Lebo, autor de *El legado de El Padrino: Una mirada tras las escenas sobre cómo Coppola transformó una modesta novela en un triunfo financiero y artístico*, había en Coppola la intención de “capturar el estado de ánimo, el aspecto y la sensación de la ciudad, tan importante como cualquier otro elemento de la producción para crear su visión de *El Padrino*”.



HOGAR. La casa que sirvió como “Mansión Corleone” está en un tranquilo barrio de Staten Island.

UNA OFERTA QUE NUEVA YORK no puede rechazar

A cincuenta años de su estreno, *El Padrino* sigue contando la historia de los *Corleone*, pero sobre todo de una Nueva York muy distinta a la que se conoce hoy. Con algo de atención, las huellas de la filmación todavía se pueden encontrar.

TEXTO Y FOTOS: Muriel Alarcón L., DESDE ESTADOS UNIDOS.



NEGOCIO. En Mott 128, donde funcionaba la ficticia empresa Genco Olive Oil, está Mietz Building, un mercado chino.



ATENADO. En calle Mott, Chinatown, es el tiroteo contra Vito Corleone.

Si bien algunas locaciones escogidas por Coppola son parte de la Nueva York más turística —como la **Catedral de Saint Patrick** en la Quinta Avenida; el **punto George Washington** y el **Radio City Music Hall**—, hay varias que esconden el pasado más oscuro de la ciudad.

—La Nueva York retratada por Coppola cuando filmó en 1971 capturó la gama de tonos y apariencias de la ciudad 26 años antes, como la ciudad explotada por Las Cinco Familias —dice Lebo, refiriéndose a las dinastías criminales de la mafia italoestadounidense de Nueva York—. Eso con espacios (alusivos a ella) como la formidable “arquitectura de poder” del **Banco de la Reserva Federal** —continúa Lebo. Se refiere al emblemático edificio del 33 de



ST REGIS. En este hotel se rodó una escena emblemática de Clemenza.



CALVARY. Este cementerio recibió el funeral de Vito Corleone.



PADRINO. La escena del bautizo se filmó en la Catedral Vieja de San Patricio.

Liberty Street, en el distrito financiero, cuyo exterior se puede reconocer: allí los cacerías de las familias se encuentran en una pacífica reunión.

Una Nueva York que, dada la especial coyuntura, según Santopietro, seducía al público. —Estados Unidos estaba afrontando la guerra de Vietnam, a Richard Nixon, el feminismo y el movimiento del Poder Negro. Nueva York estaba afectada financieramente y en términos de delincuencia. Y allí, en pantalla, había una mirada atractiva a un pasado: al orden y a los modales, a la disciplina y a la adhesión al patriarcado. Por supuesto, Coppola sugiere que bajo el atractivo superficial yacen asesinos, hombres sin aparente conciencia —dice.

Es la bipolaridad que hoy uno puede experimentar en sitios como el **Little Italy**, East Village, en el que se congregó la mayoría de los inmigrantes italianos que cruzaron el Atlántico, y donde transcurre gran parte de la cinta.

Sin ser el barrio familiar del pasado, este enclave italiano hoy está mucho más reducido que para 1971 (a diario es “devorado” por el vecino Barrio Chino), pero aún retiene un ritmo similar al de los tiempos en que aquí, en el 128 de la calle Mott, funcionaba el imaginario *Genco Olive Oil*. El lugar donde se llevaban a cabo los ‘negocios’ del clan Corleone es ahora el **Mietz Building**: diseñado en 1892, en el edificio de aspecto renacentista funciona un mercado chino. No hay seña de los “capos” que, se dice, ayudaron a Coppola a recrear sus vidas y las de sus familias en la pantalla grande, invitando a Brando y Pacino a comidas y cafés, para sugerir un acento auténtico y expresiones italianas.

Mientras preguntamos entre los residentes más desocupados del sector si sabían que aquí, entre el 120 y el 140 de Mott, se grabó el tiroteo para acabar con la vida de Vito Corleone, mientras el personaje de Brando elegía frutas en un puesto de verduras, la mayoría parece tan sorprendida como indiferente. Salvo uno: Jimmy, un italiano en sus setenta, que no quiere decir su apellido ni ser fotografiado, y que era un joven cuando llegaron los focos. En inglés de acento italiano, recuerda el día de fil-



DUERME CON LOS PECES. En el Hotel Edison se filmó la última escena en que se ve con vida a Luca Brasi.



ALTAR. Este es el homenaje de Nancy Thayer y su marido a *El Padrino*.



DIRECCIÓN. Nancy y el número de su casa, que se ve en la foto del “altar”.

mación, cuando —dice— la producción trajo nieve para recrear un día de invierno con sol. Luego se despide, cordial, y se pierde rápido en el tumulto.

Solo queda caminar por los alrededores de Little Italy, hoy una invitación a embriagarse del lujo neoyorquino: hay tiendas de diseño, bares y cafetería de autor, donde algunos disfrutaban sin apuro de un *brunch*.

—Son calles que se ven mucho mejor ahora que en 1971 para *El Padrino* —dice Lebo—. Se limpiaron, tienen buenas tiendas y se plantaron árboles. Entonces, si Coppola buscara hoy recrear la Nueva York de los 40 y 50, el presupuesto tendría que incluir dólares significativos para “reducir la escala” de algunos vecindarios. ¡O mucho efecto especial!

La razón de por qué hoy los “universos italianos” son más pequeños, dice Santopietro, es que las familias están fragmentadas.

—A medida que los italo-americanos tomaron su lugar en la clase profesional, se mudaron de la ciudad a los suburbios.

Si uno quiere encontrarse con ese espíritu de la película, Santopietro recomienda visitar este barrio y sus alrededores durante la **fiesta de San Genaro**, celebrada cada mes de septiembre en la calle Mulberry, entre Canal Street y Broom Street, con puestos de comida por todas partes y la procesión de íconos religiosos. Para los otros meses del año, sugiere ir a Arthur Avenue, la **Little Italy del Bronx**, que se remonta a 1850, con restaurantes y panaderías italianas todavía a cargo de nietos y bisnietos de inmigrantes italianos.

Otra opción es **Enoteca Maria**, en Staten Island, un restaurante que tiene un elenco rotativo de “*nonnas*” —abuelas— que cocinan sus propias delicias italianas. Su dueño, otro inmigrante, lo creó para rendir tributo a su propia *nonna*.

Escenario de la vida y de la muerte

En *El Padrino*, las muertes no significan el fin de un asunto. Muchas veces es lo contrario: la causa de una revancha, un reordenamiento, una nueva conspiración. Pero también, una tregua. Es lo que se siente al ingresar al **Cementerio Calvary**, en Woodside, en el noroeste de Queens, al recordar el funeral de Vito Corleone.

El Calvary, uno de los más antiguos de Nueva York, es una inmensa franja de tierra laberíntica, a suficiente distancia de la ciudad para que rascacielos y edificios fotogénicos como el Empire State emerjan en el horizonte a la misma altura de panteones y lápidas. Pero sin más información que la de los epitafios en los sepulcros, no hay señales que identifiquen el sector donde se rodó la secuencia del entierro. Para encontrarlo, hay que saber que el cementerio está dividido en secciones, y la locación está en la más antigua: la del “Calvary viejo” o “Cementerio del Primer Calvary”, cuya entrada está por Greenpoint Avenue, mismo lugar por donde, en la ficción, ingresa el féretro de Corleone.

Para llegar al lugar exacto hay que seguir, como en la pantalla lo hizo una caravana funeraria, el único camino hasta el “mausoleo de Johnston”, un palacete de porte notorio. Allí hay que girar a la izquierda hasta un mausoleo de nombre Hildreth. Justo en frente está la lápida identificada como Daly, el mejor indicio de la ubicación exacta de la filmación. Si uno mira con atención en la pantalla el momento en que Michael despide a su padre (y de paso reconoce a quien lo traicionarán), se puede ver que ocurre a espaldas de las tumbas de Hildreth y Daly, para entonces ya enterrados en este cuadrante.

Adell cuenta que Coppola y su equipo gastaron mucha plata y esfuerzo (150 extras; 12.000 dólares en flores) para recrear una ceremonia lujosa.

—Un funeral como de jefe de Estado, similar a algunos de los funerales de jefes mafiosos reales que están enterrados ahí, como Thomas “Three-Finger Brown” Lucchese, o en otro cementerio católico, también en Queens, el St. Johns Cemetery, donde está enterrado Lucky Luciano o Carlo Gambino —dice.

Sin ser espacios de descanso eterno, otros escenarios de la vida y muerte en este clan son hoteles de principio de siglo pasado, imperturbables al paso del tiempo. Como el **Edison**, construido en 1931, situado en 228 West 47th Street, cerca del bullicio de Times Square. Si bien por fuera podría confundirse con edificios de la cuadra —varios de ellos, hoy en remodelación—, en su interior mantiene intacto el art decó, y su *concierto* no demora en invitar a ver el tributo de este lugar a la película.

Al final de un pasillo decorado con espejos redondos y cuadros figurativos de Manhattan, hay una foto del mismo pasillo donde aparece el personaje de Luca Brasi, caminando de espaldas, con su abrigo y sombrero. Es la última vez que uno lo ve en pantalla: después de ingresar al bar del hotel, para encontrarse con los Tattaglia y conocer las verdaderas intenciones de Sollozzo, es estrangulado en la barra.

En el hotel **St Regis** (estilo bellas artes francés, edificado en 1904, ubicado en 2 East 55th Street, entre Madison Avenue y la Quinta), el *concierto* también invita a recorrer los salones, llenos de estanterías con fotos y efemérides (como que aquí vivió, por temporadas, Salvador Dalí; su mujer, Gala, y su gato, Ocelot), hasta alcanzar una escalera de mármol: la misma por la que Clemenza sube, apurado, mientras seca con un pañuelo el sudor de su frente. Sucede a la par de la celebración del bautizo del hijo de Connie, del que Michael Corleone es padrino.

Si bien la fachada de la ceremonia religiosa fue filmada en la **iglesia Mt. Loretto**, en Staten Island, el interior corresponde al de la **Catedral Vieja de San Patricio**, construida en 1809, situada en el 263 de la calle Mulberry, a pocas cuadras del Little Italy, y hoy apenas concurreda en la semana.

Fiel a su estilo neogótico, fue declarada basílica y aquí se hacen misas en inglés y español. En la ficción, a la vez que un órgano intenta hacerse escuchar sobre el llanto de la guagua, los secuaces del clan Corleone alistan sus misiones. Michael escucha al cura: está enfocado en su rol como padrino. ■